

Relato de una coronación

Ulises Paniagua-Olivares*



Ulises Paniagua-Olivares

Narrador, poeta, videasta y dramaturgo. Ha publicado cuatro poemarios: *Del amor y otras miserias* (2009), *Guardián de las Horas* (2012), *Nocturno imperio de los proscritos* (2013) y *Lo tan negro que respira el Universo* (2015). Y tres libros de cuentos: *Patibulario, cuentos al final del túnel*, (2011), *Nadie duerme esta noche* (2012), e *Historias de la ruina* (2013). Su obra ha sido divulgada en diversas antologías, revistas y diarios, incluyendo *El búho*, *Círculo de poesía* y *Editorial Jus*. Ha sido publicado en la Academia Uruguaya de Letras. En 2007 recibió mención honorífica en el Concurso Nacional de Cuento Criaturas de la Noche. En 2008 fue incluido en la *antología de Poesía Latinoamericana Giulia Gonzaga* (Italia), en 2014, en la antología española *Poetas del siglo XXI*. Ha sido traducido al inglés y al italiano.

sesilu7@yahoo.com.mx

Recordarás: tú no creías en imposibles hasta que, de manera imprevista, aquella abeja se te metió a la nariz. Evocarás la tarde agonizante, el olor a vida cercando tu cuerpo tendido sobre el césped del jardín, todo tú fumando un cicutarrillo. La casa no era de tu posesión; pertenecía a una amiga íntima que te invitó a pasar la noche entre sus muslos. Amanda, sí, tal nombre llevaba, debes recordarlo.

Te acordarás entonces que habías bebido más de media docena de cervezas, y decidiste tumbarte una vez que tus piernas no respondieron, y divertido te percaste de que las nubes giraban demasiado aprisa alrededor de tu cabeza. Mirabas impasible el sol, resguardado tras unas gafas oscuras de pretenciosa calidad, aspirandoexhalandohumo, cuando llegó hasta ti el zumbido por primera vez. No le diste importancia porque después de todo un zumbido es sólo un

zumbido; sin embargo, contraviniendo tu indolencia y un par de segundos después, el vuelo del insecto era constante, un trazo de amplias elipses alrededor de tu cuerpo. Zzzuummm. Lo percibiste junto a tu oído derecho. Zzzuummm. Junto al izquierdo. Nariz... frente, barbilla, frente...nariz. Zzuum, zuum. Te negaste a ahuyentar a la abeja por temor al inminente ataque. En cambio, permitiste que caminara plácida sobre la superficie de tu piel, husmeando febril pero inofensiva, hasta el momento en que se adentró así sin más a una de las fosas nasales, inspeccionando cada uno de los vellos, sopesando la resistencia y naturaleza de tus mucosas. La irritación —consecuencia lógica de los residuos de polen— se hizo insoportable, de modo que el instinto de conservación venció al temor, y un manotazo veloz intentó atropellar al insecto, que se alejó desconcertado hasta el árbol más próximo, mientras tú te ponías de pie y corrías a



interior de la casa, en búsqueda de un lavabo y un paliativo. La extraña y desagradable sensación perturbaba tu sistema; una molestia que parecía perpetua. No obstante, aquella noche húmeda que pasaste atrapado entre las sábanas y los cálidos pechos de Amanda —¿Amanda se llamaba?— te hicieron olvidar el incidente.

Si tu memoria te permite volver atrás, te acordarás de la mañana siguiente, un despertar jodidamente radiante; y luego, el viaje de regreso desde Cuernavaca hasta la Ciudad de México, en autobús de primera clase —con cafecito, película y todo— y la ligera hinchazón que había nacido justo debajo de la nariz, cuyo tamaño parecía incrementarse con el lento paso de las horas. Amanda te preguntó entonces, a medio camino, qué tenías: *¿qué tienes?* Tú decidiste permanecer en silencio, porque la verdad es que tampoco lo sabías. El viaje transcurrió entre conversaciones esporádicas, una película pésima y un café endiabladamente insípido; Amanda mostró un respeto casi sacro para el extenso rato de mal humor que enfrentabas, y así regresaron a la ciudad, callados e incómodos.

Al día siguiente habrías de consultar al médico y te sentarías en un mullido sillón para esperar su arribo, pues la enfermera te había advertido un posible retraso provocado por el tráfico de un lunes de quincena. La inflamación ahora parecía provenir de tu garganta, como si te hubiera atrave-

sado la piel e incubado en ti, como si se tratara de una criatura epidérmica que cobra vida. Te tranquilizaste un poco al evaluar el tamaño del absurdo que había desfilado por tu pensamiento, no seas idiota, te reprendiste. La espera era tediosa, así que resolviste iniciar una de esas inútiles y aburridas conversaciones con la anciana que esperaba a tu costado leyendo una insoportable revista sobre noticias del espectáculo. Pero cuando abriste la boca para dirigirle la palabra, una abeja emergió de ésta. Carajo, quisiste decir, pero de tu interior esta vez escapó un enorme abejorro pardo que fue a posarse sobre la cabeza —colección de canas— de la anciana, quien continuó indiferente su lectura, ajena a lo que acababa de ocurrir. Asustado, abandonaste el consultorio sin mediar disculpa alguna para evitar otro penoso percance, y echaste a andar desesperado las calles del Centro Histórico. Esquivando transeúntes podías sentir la alarmante efervescencia bajo tu lengua, los agujijones reverberando hasta alcanzar la laringe y un deseo intenso, irrefrenable, de vomitar. Incluso procuraste hacerlo al introducir el dedo índice bajo el paladar, recargado en una de las carcomidas paredes de Catedral; en lugar de eso, un enjambre completo abandonó tus entrañas deslizándose y chocando entre la hendidura que se forma entre tus dientes y tus labios, elevándose en diversas direcciones ante el asombro de un mendigo quien dormitaba sobre la banquetta, y quien en ese momento abrió

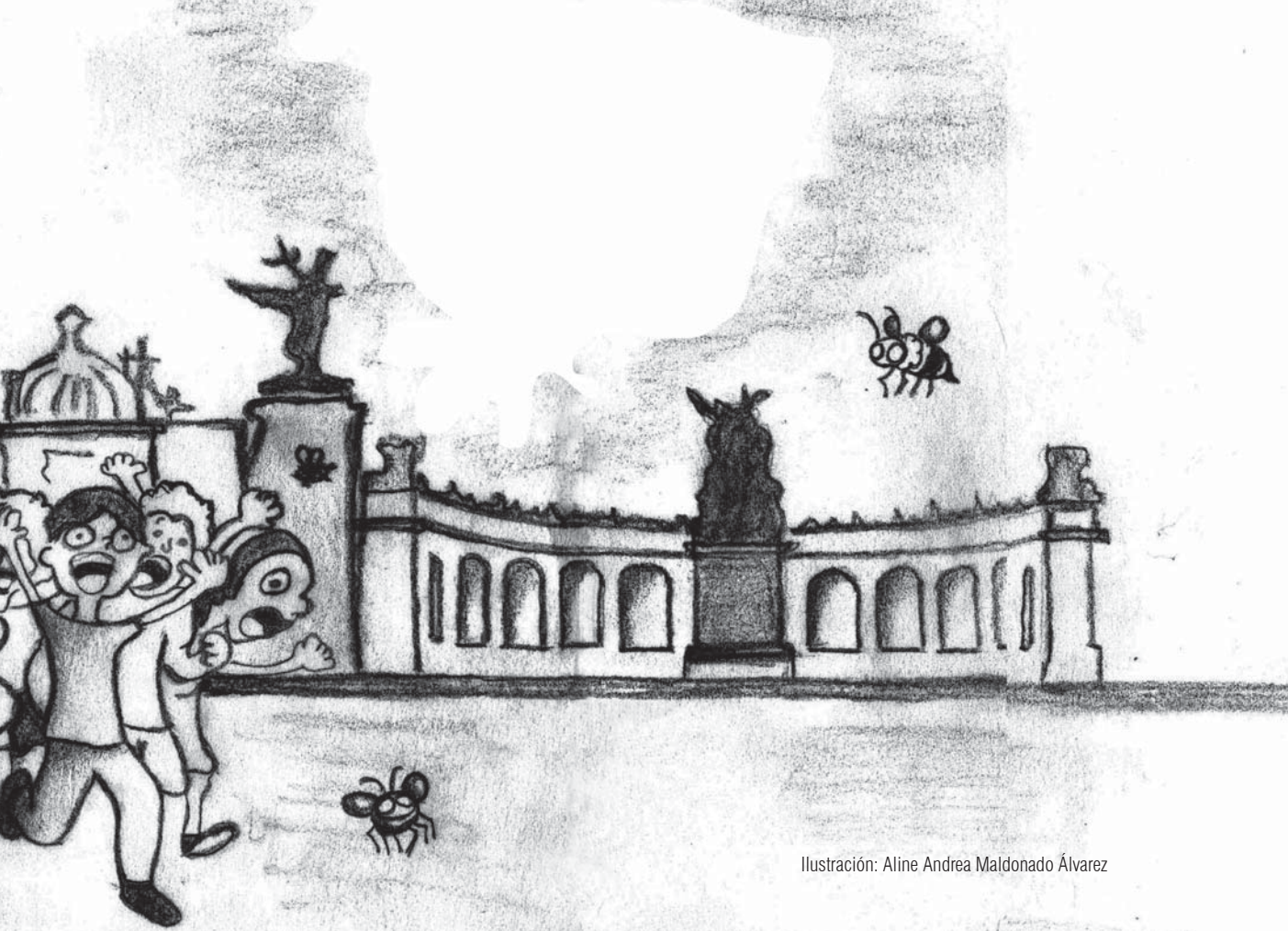


Ilustración: Aline Andrea Maldonado Álvarez

los ojos por una desafortunada curiosidad. Te miraba impávido, con esa mirada colorasfalto tan penetrante que motivó en ti el creciente terror a ser delatado. Te apresuraste a llegar hasta él. “Nohableporfavornodiganada”... intentabas suplificar, cuando un ejército ámbar negro emergió desde el interior de tu cuerpo y se posó amenazante en su descuidada barba. Sus ojos naufragaron buscando auxilio, sus manos se tensaron como cuerdas de violín, y en uno de aquellos interminables segundos tuviste la certeza de que iba a gritar. Intentaste silenciar sus lamentos con tus manos, ahuyentar sus miedos tapándole la boca, pero te mordió furiosamente y comenzó a lanzar unos alaridos tan espeluznantes que hicieron acudir a una cantidad innumerable de fisgones. Molesto por la invasión a tu intimidad, increpaste al mendigo. Se vio de pronto envuelto bajo una avalancha de abejorros y avispas negras que lo agujonearon inmisericordes hasta dejarlo tendido y agonizante. Volviste lento, muy lento, el rostro hacia la multitud expectante. Lanzaste injurias, un torrente de ellas, con un odio apretado por los años, denunciando la suciedad del mundo. Algo que no comprendías te obligó a hacerlo. Unos segundos después el Zócalo capitalino se vio atestado de millares de himenópteros que se proyectaban en grandes cantidades desde tu boca, mientras la gente corría despavorida a refugiarse al interior de los edificios. Cinco minutos después, cuando se escucharon las sirenas de las

patrullas, y la fachada de Palacio Nacional se había convertido en una gigantesca colmena; convencido del peligro que representabas para la sociedad civil, cerraste la boca para convertirte en protagonista de una larga y salvaje persecución entre comercios ambulantes, botes de basura, pórticos coloniales y bici-taxis. No recordarás bien si entraste por Veinte de Noviembre para doblar por República del Salvador y de algún modo retornar a Veinte de Noviembre; o si entraste por Donceles, corriste por República de Uruguay para atravesar Veinte de Noviembre, cruzar Correo Mayor, Correidora, la Calle de Soledad o... no recordarás. La memoria que sí es muy vívida remite al momento en que uno de los policías estuvo a punto de detenerte. Sobre la carrera, posó su mano sobre tu hombro, aferrándolo con mucha fuerza, recargando todo su peso en ti. Entonces escupiste agujones sobre él, como si fueran dardos llameantes, y entonces, y sólo entonces, el patrullero cayó arrodillado sobre la dura acera, doblegado por un dolor insoportable.

Corriste y corrías. Corrías y corriste, hasta que no escuchabas más la alarma de la muchedumbre ni las autoritarias voces de tus perseguidores. Llegaste a Cinco de Mayo y disminuiste un poco la marcha al dejar atrás Isabel La Católica, sin dejar de mirar sobre tu hombro con insistencia, alerta e intranquilo. Frenaste la marcha frente a la Casa de los Azulejos, jadeando por la nariz, porque resultaba peligroso to-



mar bocanadas de aire, bien que lo sabías. Desesperado, desenfundaste una tarjeta telefónica desde tu cartera para introducirla en la ranura de un teléfono público —te acuerdas que la caseta estaba allí, inmóvil, como hacen las casetas, pero tuviste la sensación de que ésta en especial parecía haber estado aguardando por ti durante mucho tiempo— Con manos temblorosas, torpes, marcaste el número. La voz de ¿Amanda? te reconfortó. Impaciente por una ligera pausa en que sólo la distancia se hacía presente en la línea, Amanda habló. “¿B? , dijo, ¿eres tú?, ¿por qué no contestas?, sé que estás ahí. El zángano que escapaba por tu oído derecho y las efervescencias en el estómago demostraron que era inútil responder. Este es el adiós, ¿no es cierto?, dijo ¿Amanda?, con voz entrecortada, lo sé, te había notado extraño estos últimos días pero no quise decir nada; pensé que tal vez una mujer, una chica de la universidad... sabía que tarde o temprano ocurriría entre nosotros; sólo te pido que me des una razón, un porqué”.

Colgaste, mientras con los ojos arrasados por lágrimas de impotencia, echabas a andar sin rumbo, con precisión automática, hasta topar con una vieja vecindad ubicada en un callejón olvidado por Dios y por el Estado. No reconociste la calle. Un *flashback* del mendigo envuelto por centenares de alas en movimiento te obligó a cerrar los ojos. Al abrirlos, te percataste de que habías cruzado el portón azulado para descubrir sin ninguna sorpresa que la vecindad estaba abandonada, que las ventanas estaban tapiadas, que el cielo era gris, que los minutos y hasta el aire parecían flotar sobre un aceite denso; que la escalera se estaba derrumbando; que el único habitante era un silencio interrumpido apenas por un magro y discreto silbido de viento que escurría entre las cuarteaduras de los muros de adobe y cal, que traía a su paso algunos inexplicables susurros de sirenas y alarmas lejanas.

Te quedaste a vivir allí después de atrancar herméticamente el acceso. Por alguna razón que no podías explicar te resignaste a aceptar ese destino. Como si de antemano supieras que tu corta vida, no mayor a dos décadas y media,

sólo pudiera terminar así, en la profundidad de una soledad aplastante. Y te acordarás que tapizaste las habitaciones de insectos con tus incontrolables y gradualmente enfermas carcajadas hasta transformar cada uno de los cuartos en enormes colmenas, donde ahora las abejas nacidas de tus entrañas revolotean libres y felices.

Ahora no recuerdas. Ahora es hoy. Ahora es el ahora donde te miras caminando a través del patio de la solitaria vecindad, con el cuerpo colmado por racimos de abejas, mudo, sucio, intentando inútilmente recordar que alguna vez, allá, en el ayer, fuiste otro, que se llamaba o lo llamaban B, y era amante de una tal Amanda, creo. Muy guapa ella. Y juntos recorrían un mundo equivocado, torcido, un mundo plagado de plazas comerciales y cines y televisores y familias y autos y discotecas y cafés y hoteles y habitaciones alfombradas y sábanas limpias y condones y chingadas donde el silencio y la paz no existían. Lo recuerdas y sonríes. ¿Sonríes? ¿Recuerdas? El ayer y el mañana se confunden con el hoy. No vislumbra un origen ni un final. Descubres asombrado lo que debiste saber desde el principio: que el tiempo es un círculo perfecto donde el interior y el exterior no encuentran diferencia, donde cada hecho transcurre en una sucesión interminable e infinita que no se puede medir. Recordarás fútilmente que no creías en imposibles hasta que, de manera imprevista, aquella abeja se introdujo en tu nariz ☹

Del libro *Patibulario, cuentos al final del túnel*, Editorial Multibilda, 2011.

***Datos del autor:**

Narrador, poeta, videasta y dramaturgo. Estudiante de la Maestría en Urbanismo en la ESIA Tecamachalco. sesilu7@yahoo.com .mx